

Su vida amorosa fue variada y abundante, viviendo numerosas aventuras con mujeres de diferentes categorías. Incluso se cita el hecho de haber mantenido relaciones homosexuales, llegando el caso, según se comenta, de estar en la puerta de palacio y si algún efebo que pasaba por allí le gustaba mandaba que entrase para disfrutar con él. Incluso sus variedades amorosas hicieron que se le conociera como “el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos”. Su capacidad amorosa fue destacada por sus coetáneos hasta su asesinato. Pero nunca se dejó dominar por los devaneos con las mujeres que participaron en sus frecuentes intimidades. Incluso cuando mantuvo relaciones con la hermosa reina de Egipto, Cleopatra, jamás influyeron para variar su política en favor de Roma, cosa que no sucedió con los demás personajes que participaron de los amores con la reina, como fue Marco Antonio.

Aparte su seriedad en la política y comportamiento en la vida militar su coquetería era proverbial, pues le gustaba vestir con elegancia y solía cubrir la cabeza con una corona de laurel, cosa que llevaba en los últimos años, y todo para ocultar una calva que aparecía en su cabellera.

Pero si en política destacó de manera absoluta respecto los demás personajes de época, mayor resonancia tuvieron sus hazañas militares. La serie de victorias de una astucia increíble le hicieron realmente temible. Tanto su estancia en Egipto y Asia, como en Hispania, en las Galias, en Bélgica, Holanda, Alemania o en Inglaterra fueron campañas llenas éxito y de astucia militar, lo que elevaron su fama a límites comparables a los de Alejandro Magno, a quien admiraba de manera especial, tanto que cuando llegó a la ciudad de Cádiz se emocionó de forma especial ante la estatua que había erigida en recuerdo del general macedonio.

Igualmente se ha hecho famosa la valentía y arrojo con que se enfrentó a Pompeyo cuando regresando de las Galias se nombró a Pompeyo cónsul único, el cual tomó la decisión de exigir a César que liquidase el ejército y enviara a los soldados a sus casas. Es ahora cuando también se demuestra el arrojo de César, pues viéndose en situación delicada tomó la decisión de atravesar el río Rubicón y enfrentarse al ejército de Pompeyo, pronunciando la frase “la suerte está echada”, otra de sus frases que ha pasado a la historia como una decisión que lleva inseguridad pero que demuestra valentía y decisión ante las dificultades. El triunfo fue absoluto, tanto que se hizo nombrar por el senado dictador vitalicio llevando efecto una serie de numerosas reformas, tanto administrativas, como económicas. Otra de sus frases más repetidas fue la que pronunció ante el senado cuando se le preguntó acerca de una de las batallas en que intervino, respondiendo de forma lacónica y sin dar mayor importancia: “llegué, ví, vencí”, como diciendo que no hubo batalla.

Pero a mí me sorprenden las urbanísticas, pues hizo que la ciudad se transformara en una zona agradable, llena de espacios amplios y calles amplias. Igualmente benefició a los que vivían de la ayuda del Estado haciendo un reparto de tierras estatales a los más necesitados, no sólo en la península sino en territorios tan dispersos como España, Sicilia, Macedonia o África y en otros territorios dominados por Roma. Otra medida digna de resaltarse fue el reparto de trigo a las familias necesitadas, cosa que irritó de manera especial a los llamados optimates, las personas más poderosas, pues con la venta de ese trigo se enriquecían, y con la nueva ley de César esa medida se terminaba con la especulación de los más pudientes.

